

ETA Y EL MITO DE LA VIOLENCIA

FÉLIX BORNSTEIN

ETA Y EL MITO DE LA VIOLENCIA

Dice Spinoza que "toda afección que sea pasión deja de ser pasión en cuanto nos formamos de ella una idea clara y perceptible". La tregua decretada por ETA, sin embargo, más que de una reflexión profunda, parece hija del cansancio. Sea como fuere, en este extraño armisticio sólo es reconocible con alguna claridad la voz del Gobierno español. El resto -comunicados de la banda armada, filtraciones periodísticas de sus supuestas intenciones, etc.- es patrimonio de unos enmascarados, con cuyas actuaciones se puede especular sin encontrar el fin. En todo caso, y al margen de su causa real, ojalá la tregua de ETA se convierta en su adiós definitivo a las armas. Pero, ¿y los muertos, los mutilados? ¿Qué extraña falta han expiado las víctimas del terrorismo? ¿Quién comprende la atroz destrucción y violencia de los últimos treinta años? ¿Cómo puede hacerse, además, cuando todavía son continuos los estragos que produce la "kale borroka"?

Estas líneas no versan sobre la fundamentación, real o no, del País Vasco como nación propia, ni, por tanto, de su posible derecho, o falta del mismo, a la autodeterminación y de su encaje en la Constitución de 1978. Mi finalidad, guiado por la máxima spinoziana, es aportar unos datos que contribuyan a sistematizar una explicación, si ello fuera posible, de la violencia terrorista ejercida por un grupo político vinculado, de una forma u otra, a una minoría nacionalista, en nuestro caso la que enfrenta a parte del pueblo vasco con el Estado español. En la medida que pueda, no emplearé juicios morales sobre la violencia etarra y su usufructuación, a mi entender, por el nacionalismo vasco en su conjunto. Tengo los míos propios, pero la utilización de criterios éticos y morales, tantas veces repetidos a la hora de analizar el conflicto vasco, no solo no ayudan a discernir, sino que incluso obstaculizan la comprensión del origen y desarrollo de un viejo litigio, que, en mi opinión, no se puede explicar sin el recurso al concepto de "mito político". El conflicto vasco (o vasco-español, si se prefiere) es demasiado real. Por el contrario, la percepción que del mismo tiene el mundo "abertzale" forma parte de su propio imaginario colectivo, es la recreación de un mito fantástico -la historia de los vascos- que, a su vez, produce un mito letal, el de la violencia terrorista. Por tanto, utilizaré el término mito en un doble sentido: como teoría explicativa de un problema y, a su vez, como "realidad" que se instala en una mentalidad social, sustitutiva de su auténtica circunstancia histórica.

Hasta finales del siglo pasado, el uso de la violencia ha sido concebido, de forma objetiva, como la causa eficiente de la evolución humana o, desde un punto de vista más tradicional, como un remedio subjetivo ejercido por la comunidad para reinstaurar un orden injustamente alterado. Ejemplos de la primera

postura serían el pensamiento marxista (la violencia como "partera de la Historia") o el determinismo darwinista. De la segunda, lo serían el recurso a la norma jurídica como poder coactivo y legítimo del Estado, o como forma de rebelión contra un poder despótico, doctrina elaborada por algunos pensadores cristianos (Juan de París, Juan de Salisbury y, en nuestro país, el jesuita padre Mariana). En todos estos casos, sin embargo, la violencia presenta siempre un carácter instrumental, una relación de medio a fin. Desde esta vertiente, ¿cabe justificar o al menos entender la apelación al uso de la violencia, en su modalidad terrorista, como forma de lucha política en los años finales del franquismo? ¿Y, más aún, cuando, extinto el citado régimen, la patria defendida por los violentos -el País Vasco- goza, dentro de un marco legal democrático, de un Estatuto de Autonomía aceptado en su momento por la inmensa mayoría de su población?

La contestación a esta pregunta exige, en primer lugar, una reflexión sobre la historia económica. Debemos retroceder un poco en el tiempo y dirigir la mirada a un Bilbao que hacia 1870 apenas contaba con 18.000 almas. Al campo y a la mar de Vizcaya, donde empiezan a anidar los astilleros, luego las minas de hierro, la siderurgia, los bancos... Bordeando el siglo, Bilbao roza ya los 100.000 habitantes y Vizcaya, con una tasa anual de crecimiento poblacional del 1,5% (la más alta de la Península), pierde para siempre gran parte de su paisaje agrario y bucólico. Llega una primera industrialización tardía que provoca, en un plazo muy corto, una gran aportación humana de procedencia emigrante (andaluces, extremeños, etc). Es éste un hecho radicalmente nuevo en la historia del antiguo Señorío de Vizcaya. Tendríamos que remontarnos al siglo XIV, cuando se fundan las villas marineras de Bilbao, Lekeitio o Bermeo, y algunos centros que las comunican con el interior, para encontrar una corriente migratoria parecida en territorios de Euskalerría. Con una diferencia fundamental, que dichas villas (y otras guipuzcoanas anteriores, como San Sebastián), impulsoras de la pesca y el comercio atlánticos, se pueblan en su casi totalidad por habitantes del interior del propio País Vasco. Se trata de un mero reequilibrio territorial interno, que produce, respondiendo a una dualidad económica, una mentalidad social, también doble, muy diferenciada: el comerciante vasco en lanas, cuero o vino, relacionado con ciudades europeas muy desarrolladas (Brujas, Amberes) y con intereses directos en la Corona de Castilla. Y, por otro lado, "la tierra llana" del interior vasco, sometida al poder feudal de los señores (los Gamboa, los Salazar) y, en mucha menor medida (aunque su número es muy superior) al de los hidalgos. La estructura económica de este territorio interior es casi exclusivamente agraria y ganadera. Una tierra donde, al margen del bandolerismo y las diversas luchas señoriales, el tiempo se detiene, los valores arcaicos se perpetúan y nunca ocurre nada de relieve.

Estas "tierras llanas" o señoriales, primero incorporadas a Navarra y luego a Castilla, aunque sólo de forma nominal, constituyen un reducto excepcional dentro de la península ibérica, en el que el arcaísmo domina tanto la institucionalización política, como la composición de su población. Las tierras península-

res, salvo el enclave vasco, son masivamente repobladas a partir del siglo XIII, sobre todo la meseta sur y Andalucía, por hispanos de procedencia múltiple, incluidos los propios vascos, que se establecen en gran número en las desembocaduras del Guadiana y del Guadalquivir, así como en la fachada marítima de la actual provincia de Cádiz. Sin ellos hubiera sido imposible el desarrollo alcanzado, hacia el sur y el oeste, por la navegación atlántica y la posterior aventura americana. Nuevos pobladores se establecen también en la meseta superior y en tierras de La Rioja y Aragón, en las que el idioma castellano desplaza, como un hecho natural, a los idiomas y dialectos regionales hablados en aquellos territorios.

Hasta su primera industrialización, a finales del siglo XIX, la mayoría de los vascos conservan su lengua y costumbres ancestrales, apenas contaminadas hasta entonces. Hablar de Euskalerría en estos años finales de la centuria pasada es rememorar la época de Astarloa, de Antonio de Trueba, de Juan Antonio Moguel. La novela de este último -"Peru Abarca"- exalta la lengua euskara, la familia y la religión, "agredidas" por el liberalismo, "los maquetos" y la modernidad. El País Vasco, a pesar de estos cambios, es ajeno no sólo al conjunto hispano, sino en mucha mayor medida aún al resto del occidente europeo, en el que, en ese tiempo, se desarrolla una revolución económica sin precedentes, comienzan a ceder los diques del positivismo y el cientifismo, y se vive ya una segunda oleada romántica. Es una Europa en rápida transición cultural que lo arrolla todo a su paso, el campo de batalla de toda clase de ideas, donde nada permanece estable. Renan, poco antes de su muerte en 1893, desconfía del futuro: "Habrá extrañas convulsiones. El Ejército y la Iglesia, las dos únicas cosas que hasta aquí se salvaron de la pérdida de respeto, serán arrastradas muy pronto por el torrente común". Mucho antes ya lo había advertido Pascal: "Esta hermosa razón corrupta lo ha corrompido todo". La respuesta a tal estado de las conciencias, en el que ya nada parece inmutable, viene de la mano del irracionalismo, de toda suerte de relativismos y de nuevas doctrinas que se suceden sin cesar. Todo ello, como luego veremos al analizar el pensamiento de Sorel, produce una exaltación de la violencia política, impensable entonces en el País Vasco, pero que puede cuajar en este último, como así lo hace, cuando el irracionalismo prenda definitivamente al calor de nuevas circunstancias sociales.

En Euskalerría, mucho menos sacudida en el XIX por el cambio del clima económico, hay una respuesta (minoritaria) simplemente conservadora, aunque alcanza un grado reaccionario, que idealiza el pasado de los vascos hasta convertirlo en una epopeya, en "una historia nacional" cuya elaboración analizaré después. Todo ello para legitimar el presente y oponerse a cualquier cambio. El agrarismo, de esta forma, se convierte en nacionalismo sin estaciones intermedias. En aquellos días (1895) funda Sabino Arana el Bizkai-Buru Batzar y proclama "la unidad de la raza euskariana" y "la unidad católica" como signo distintivo de los vascos, reclamando la independencia respecto a España de los antiguos territorios forales, cada uno con su propia soberanía. Sin mucho éxito con sus primeras prédicas, combina después su programa radical con ciertas dosis de posibilismo autonomista que pueda atraerle al empresariado vasco (los "condes

siderúrgicos” de Unamuno), que no sólo no quieren renunciar al mercado español, sino que reclaman del Estado central la adopción de crecientes medidas proteccionistas frente al exterior. Con ello consiguen que sus bienes de equipo sean absorbidos por la demanda interior, sobre todo en el sector ferroviario, garantizándose además la explotación privativa de gran parte del nuevo transporte naval.

La ambigüedad ideológica de Arana no es compartida, después de su muerte, por la visión utópica y racista (siempre presente en aquél) de Goicoechea Oroquieta, aunque sin apelar en ningún momento, al menos de forma explícita, al uso de la violencia. Hay que esperar medio siglo para que el paso adelante lo dé ETA. ¿Por qué? Muchos nacionalistas vascos (y otros que no lo son) lo achacan a la guerra civil y al régimen dictatorial de Franco.

Creo, sin embargo, que la cuestión no es tan sencilla. En mi opinión, el terrorismo es una respuesta enfermiza -pero operativa- a la segunda industrialización del País Vasco, la desarrollada en los años cincuenta y, sobre todo, sesenta de nuestro siglo. Se trata de un asalto sistemático a la razón, a la práctica de la violencia por la violencia -de la violencia como un fin en sí mismo-, dentro del contexto de una compleja urbanización territorial. Esta última es clave para comprender, a mi juicio, el camino divergente seguido por el nacionalismo vasco respecto a otros nacionalismos, como el catalán o el gallego, y que en definitiva posibilitará que, en el seno de aquél, nazca una tendencia que utilice no sólo la violencia, sino incluso sus fórmulas terroristas.

No pretendo abrumar al lector con largas series estadísticas, pero sí someter a su consideración algunos índices demográficos y datos poblacionales. En primer lugar, un hecho fundamental: la mayor tasa de crecimiento de los últimos años, comparando unas comunidades autónomas con otras y dejando aparte la singularidad específica de Madrid, la ofrece el País Vasco, que ha pasado de tener un porcentaje sobre el total nacional del 3,8 (Censo de 1950) a otro del 5,7 (Censo de 1980). Es decir, en tan sólo treinta años su tasa de crecimiento ha sido un 50 por 100 superior al promedio español. Y si comparamos, en series históricas, la densidad de población del País Vasco, ésta ha pasado de 42 habitantes por km. cuadrado (Censo de 1787) a 294 (Censo de 1980), representando esta última un porcentaje del 397 por 100 de la media nacional, porcentaje que se ha acelerado progresivamente, hasta casi duplicarse, desde mediados de los años sesenta hasta la crisis económica de 1973. Desde 1950, toda la región centro (las dos Castillas y Extremadura, con la señalada excepción de Madrid), se despuebla casi totalmente, trasvasando sus efectivos humanos, además de a la emigración exterior, a la periferia levantina y, sobre todo, al País Vasco. Si a esto se añade que el resto de la cornisa cantábrica (Galicia, Asturias y Santander) ha sufrido un estancamiento demográfico en los últimos años, aportando también parte de sus recursos humanos a las áreas más industrializadas (véase, por poner sólo un caso, el ejemplo de la villa vizcaína de Ermua y su “re población gallega”) tendremos un marco lo suficientemente gráfico de la nueva, en términos históricos, situación poblacional del País Vasco.

Desde un enfoque estrictamente urbanístico, es claro que la remodelación de un territorio, especialmente si se concentra en nuevas áreas urbanas, crea fuertes tensiones y conflictos a la hora de dar cabida a los recién llegados. Antes de la guerra civil, el crecimiento urbano español era relativamente lento y armonioso y los grandes ensanches ciudadanos del siglo XIX ("La Ciudad Lineal" en Madrid, el "Plan Cerdá" de Barcelona, etc.) resistieron todavía los embates de "la modernidad". Desde mediados de los años sesenta, por el contrario, el urbanismo español entra en una fase de caos absoluto, que, obviamente, no es específica del País Vasco, pero que puede encontrar aquí su máxima expresión, como es el área del "Gran Bilbao" al inicio de la década de los setenta, así como el rápido desarrollo de las principales poblaciones guipuzcoanas (Tolosa, Hernani, Irún, Mondragón...). Toda esta avalancha humana, con todo lo que comporta de cambio drástico en los hábitos sociales y culturales de la población autóctona, sirvió para alimentar la, con toda justicia, llamada por Gabriel Tortella auténtica "Revolución industrial española", la que, iniciada en los años cincuenta, alcanza su cénit en los años sesenta. En esta década, la industria creció a un ritmo muy superior a la de la economía en su conjunto, teniendo aquélla una participación en el Producto Interior Bruto del 34 por 100 (año 1974). Y, para lo que aquí nos interesa, la industria que más rápidamente crece en el conjunto español y especialmente en Euskalerría, frente a las tradicionales de consumo radicadas en el este de la península (textil, del mueble y, en menor medida, la del calzado), resulta ser la industria básica, es decir, la que exige mayor y más rápida concentración de mano de obra, que se vuelca en un espacio tan reducido como el vasco. La industria básica alcanza unas espectaculares tasas de crecimiento en nuestro país durante el período 1958-1972: la del papel (12,8), siderurgia (13,1) y transformados metálicos (14), sólo superadas por la industria puntera del "desarrollismo" español, la automoción (21,7), según datos publicados por Donges en el año 1976.

También en los años centrales del presente siglo Cataluña presenciara una gran entrada en su espacio territorial de elementos humanos foráneos. En Cataluña, sin embargo, este hecho no es nuevo en absoluto, ya que, a diferencia del País Vasco, las ciudades del Principado serán protagonistas a partir de los siglos XII y XIII, con todo el trasiego humano que esto significa, del comercio mediterráneo a gran escala, y ya en el siglo XIX, a partir de los años treinta, protagonizará en España la revolución industrial desde el sector textil, cuyos productos serán absorbidos en la propia Cataluña por los excedentes de una economía agraria desarrollada. La masiva aportación humana a Cataluña, procedente de otros territorios de España, es un dato incontestable a lo largo de los últimos siglos.

En Galicia nos encontramos con el fenómeno contrario: casi nulo desarrollo industrial hasta fechas muy recientes, que, además, emplea mano de obra de carácter eminentemente local. Sólo en Euskalerría se da el "humus" o sustrato que hace posible, y permanente en el tiempo, la violencia política. Sólo aquí se combinan un nacionalismo decimonónico, surgido a raíz de la primera "agresión" industrial, una segunda oleada, ya en nuestro siglo, de emigración masiva y,

como mecha pronta a detonar el conflicto, el recuerdo de la derrota de los nacionalistas en la guerra de 1936-1939 y consiguiente derogación del Estatuto de Autonomía republicano. En suma, una derrota más a añadir a los desastres de los carlistas vascos en el siglo pasado, a la supresión final de sus fueros por Cánovas, una humillación más que acrece el resentimiento de un pueblo periférico, primitivo en su desarrollo económico, tutelado por la Iglesia católica y creador de una cultura con manifestaciones inferiores a las de sus vecinos e incluso a la de otras nacionalidades periféricas. En el País Vasco no hay nada comparable al fenómeno de la "Renaixença" catalana o a las "Irmandades de fala" gallegas. En el fondo, la potencia de la cultura catalana es lo que hace que Prat de la Riba racionalice y contenga su "rauxa" (odio) contra los castellanos.

Si a eso se suma una lengua, como el euskara, no solo ajena a las lenguas romances, sino también alejada del tronco idiomático indoeuropeo, y la primordial existencia del vasco como pueblo auctóctono no permeable en su solar -las tierras del Golfo de Vizcaya- al "contagio" celta (exterminio de los vetones, etc.), hallaremos, en concepto acuñado por Manuel García Pelayo, la naturaleza "funcional" indispensable para la existencia de un mito político, en nuestro caso la violencia terrorista. Esta se practica con eficacia porque su fin o misión -doblegar y separar a los vascos del Estado español- se percibe, aún en un horizonte a medias utópico, como una meta, al menos mínimamente, posible o realizable. El mito de la violencia se superpone, a su vez, al mito de un supuesto pasado glorioso de los vascos destrozado por los españoles. La creación, conservación y transmisión generacional de ambos mitos se producen en momentos diferentes, aunque los dos se encadenan, hacia los años sesenta de este siglo, en una circunstancia que hace eficaz, en nuestro caso con resultados dramáticos, su conexión. Intentaré sintetizar mi propuesta.

Emilio Mitre, citando a Lacroix, afirma que "tradicionalmente, la narración histórica aspiraba a honrar a Dios. Desde la plenitud del medioevo se persigue algo más: honrar al rey y a la patria". En el siglo XIV, el rey de Castilla sólo controlaba de forma efectiva las villas marítimas. Bilbao recibe el Fuero de Logroño y San Sebastián, con anterioridad, el de Jaca, que son normas otorgadas por los monarcas castellanos para lugares habitados por comerciantes francos. Estos fueros son permeables a la recepción del Derecho Romano y del Derecho Canónico, que legitiman el poder real. En "la tierra llana", por el contrario y como ha demostrado Fernández Conde, sólo existe, hasta casi el siglo XV, un derecho consuetudinario, no escrito, que otorga valor jurídico a "las fazañas y albedríos de los jueces", es decir, al poder de los señores. Éstos no necesitan, para asegurar la obediencia de sus siervos agricultores, ningún texto escrito. Les basta legitimar su fuerza acuñando una categoría moral o superestructura ideológica, en el sentido marxista: el pasado legendario y fundacional de sus ancestros. Como antes dijimos, en el siglo XIV, gracias sobre todo al desarrollo del comercio, cambia la estructura social y económica del País Vasco. Los hidalgos y hombre libres de las pequeñas villas vascas (las marineras y, en menor medida, las del interior), son capaces de organizarse en Hermandades y, poco después, en Juntas Generales. Estas instituciones son sujetos activos de Derechos,

creadores de normas (las Ordenanzas), si bien sus competencias no suelen rebasar las propias de orden público, especialmente la represión del bandidaje. Los señores se ven obligados a pactar, aunque preservan sus derechos y perpetúan su predominio en la interpretación de la historia colectiva de los vascos. Nacen así, en esta tensión dialéctica, los llamados "Fueros extensos", mezcla del antiguo derecho consuetudinario y de las citadas Ordenanzas, siendo imprescindibles, en esta reelaboración, los juristas (auténticos "intelectuales orgánicos" de la época) que les dan forma escrita. Este es el proceso seguido por el Fuero de Ayala, en Álava (1373), el de las Encartaciones (1394), y el Fuero Viejo de Vizcaya (1452). Igualmente imprescindible, de cara a la conservación del pasado legendario de las tierras forales, resulta ser el clero regular, en un ámbito primitivo que permanece prácticamente inalterado hasta las guerras carlistas. Las iglesias, además de las funciones litúrgicas, acogen físicamente, en sus amplios pórticos, las sesiones de las Juntas territoriales, que organizan a los habitantes de los dispersos caseríos en el llamado régimen de "anteiglesias".

Este es el pasado que hereda y que agresivamente intenta conservar, frente a "la amenaza exterior" y ya cercano el siglo XX, el movimiento nacionalista, ayudado de nuevo por un clero ultramontano, convenientemente fogueado ideológicamente en las guerras carlistas.

La situación se complica extraordinariamente en los años sesenta. En medio de un gigantesco cambio demográfico y económico, los mitos euskaldunes ya no responden sólo a un pasado remoto, alojado en el inconsciente colectivo, sino que tampoco cuentan con sus tutores tradicionales: los miembros del PNV, que han muerto durante la guerra o han huido ante la represión franquista. El mito se convierte ahora en un monstruo que es capaz de reinterpretar también el pasado inmediato, el de la guerra civil, en el que los nacionalistas han sido fácilmente vencidos, inferiores en número a los carlistas vascos y en situación de marasmo durante la posguerra. El fracaso nacionalista, sus aspiraciones insatisfechas, son compensadas por los nuevos redentores, por los mesías de la violencia terrorista. Frente a la nueva Medusa, gran parte del pueblo vasco, incapaz de reconocerse en su rostro, asiste hipnotizado al espectáculo de la violencia. Sin apenas darse cuenta, las víctimas, primero las que visten uniforme y después potencialmente cualquiera, liberan a parte del pueblo vasco de su complejo de culpa, de sus deserciones recientes.

En su magnífico ensayo "El fuste torcido de la humanidad", sir Isaiah Berlin se refiere a ese "algo oscuro" que se aloja en toda naturaleza humana. Joseph de Maistre fue el primer antiilustrado que advirtió esta condición, diferenciando -según un concepto del que luego se apropiaría Sorel- entre una mentalidad escolástica y otra de naturaleza mística. La primera, de origen aristotélico, propone un trato amistoso entre los hombres y encuentra su fundamento, a la hora de resolver los conflictos y contradicciones, en el pacto o justo medio. Frente a ello, pensadores como Sorel, Hartmann o Durkheim se rebelan contra el carácter moderno, supuestamente basado en la astucia y el espíritu de contradicción. Oponen la moral de lo Sagrado, de lo Sublime, creado y sin embargo perdido

por los cristianos al término de sus luchas religiosas, y siempre ignorado por los demócratas y liberales. El diagnóstico de Proudhon es tan claro como lacónico: "Estado de las costumbres en el siglo XIX. Invasión del escepticismo moral: la sociedad peligra". Su pronóstico, por el contrario, no es tan seco: "¿Dónde está el remedio?".

El remedio se hace carne en el mito. Sorel es el nuevo apóstol de la violencia terrorista. Ella le rescata del fracaso de otro mito, el del triunfo del proletariado, ese mesías colectivo que, como clase universal, estaba destinado a reescribir la Historia. Marx acertó al analizar el proceso de creación de las categorías "ideológicas", pero no previó su supervivencia al margen de la estructura económica en que habían nacido, cuando una nueva circunstancia histórica les diera, debidamente reelaboradas, aliento nuevo. Sorel, partidario de la huelga revolucionaria de carácter violento, en plena crisis de la conciencia racional europea, ya iniciado el siglo, escribe a Daniel Halevy: "colocándose en el terreno de los mitos se está a salvo de refutaciones, lo cual inspiró a muchos el aserto de que el socialismo era una a modo de religión". Ahora bien, esta nueva fe también puede descansar en la Patria o en la Nación, explícita después en Augusto Vivero, introductor de Sorel en España (1934): "bañado en sangre surge más vigoroso de esta crisis el concepto de Patria, en el sentido que más habla a los espíritus y que mayor potencial desarrolla en los hombres". Dudo que los etarras hayan leído a Vivero o a Sorel, pero este último, en cualquier caso, ofrece ejemplos de actuación de un paralelismo asombroso con la actividad terrorista cuando califica a la violencia como una lucha oscura, guiada sólo por el móvil puro de "la gloria". Incluso sociológica y antropológicamente pueden encontrarse coincidencias entre unos pueblos y otros. Así, el resorte de la violencia es el pesimismo propio de los pueblos antiguos, como los primitivos griegos, tribus pobres, guerreras y montañosas que tenían enorme orgullo aristocrático, conservado mientras mantuvieron su pureza y sus costumbres. Impresiona también su justificación del magnicidio, como el cometido en nuestro país en 1973: "el atentado individual prestó a la democracia servicios tan cuantiosos que ella declaró grandes hombres a los que, con riesgo de la vida, probaron a librarla de sus enemigos".

Sorel nos devuelve los ecos nietzscheanos de la "Genealogía de la Moral", expresivos del regocijo terrible y la alegría profunda que paladean los héroes en cualquier destrucción, en la voluptuosidad de la victoria y la crueldad. El anonimato terrorista es comparado con la creatividad de los arquitectos y escultores medievales imaginados por el romántico Violet-le-Duc, que desarrollan su ingenio en la obscuridad, buscando sus formas en el silencio. El mito (la violencia de la nación o del sindicato) se materializa, se hace eficaz mediante la división del trabajo que Sorel recupera, bajo el expresivo título de "Unidad y Multiplicación", entre los escombros del Catolicismo. No es necesario, sino incluso contraproducente, que en la violencia participen todos los miembros de la nación o del sindicato revolucionario. Los terroristas son el nuevo "clero regular", es decir, cuerpos poco numerosos cuyos integrantes deben ser seleccionados severamente. Los terroristas constituyen flamantes "Órdenes religiosas" apropiadas

para la táctica de la nueva guerra. Sin estas élites, los fieles se convierten en una masa inerte aunque conserven la piedad y la creencia en el mito. Por eso, por no ser un mito, la democracia produce un pueblo exangüe sometido a las órdenes de los políticos, que sólo viven de los electores. Frente a ella, la revolución (o la nación) se despliega dialécticamente ante la Historia, transformándose en una auténtica guerra, y la huelga (o el atentado) se convierte en una batalla, en un episodio más del conflicto armado.

Los terroristas son así los actores de un nuevo drama épico. Su voz podría ser la del Reichsführer Himmler, resonando en un teatro de Poznan en 1943: "Cuando cien, quinientos o mil cadáveres yacen uno al lado del otro, seguir siendo seres humanos honorables -con escasas excepciones, resultado de la debilidad humana- es lo que hace nuestra fuerza". ¿Y la conciencia? Dejemos que nos responda el propio Adolf Hitler: "La conciencia es un negocio de judíos" (Discurso en Berlín, 1938). La piedad, la compasión, es un estigma de las propias víctimas, que, en este caso en "yídish", deben descargar de toda culpa a los asesinos bajo los que perecen: "Mir zol zein far deine beindelekh" ("Que la ira recaiga sobre mí").

El nacionalismo no es nada nuevo en la historia de Europa y tuvo sus primeras expresiones al fin de la Edad Media, en forma de defensa de los derechos y privilegios de localidades, gremios de comerciantes y, a la postre, naciones o Estados frente a cualquier poder exterior, llámese éste Imperio romano o Iglesia Católica, regidos ambos por una voluntad supranacional. Como dice Isaiah Berlin en "La rama doblada", resumiendo a Herder: "Las ideas, el arte, las formas de vida, las actividades y costumbres humanas tenían valor para los hombres no en función de criterios atemporales, aplicables a todos los hombres y a todas las sociedades, independientemente de la época y el lugar, como enseñaban las "lumières" francesas, sino porque eran suyas propias, expresiones de su vida local, regional, nacional, y les hablaban a ellos como no podían hablar a ningún otro grupo humano".

En resumen, todo lo valioso era (y es) único. "Los franceses -sigo citando al gran maestro británico- dominaban el mundo occidental, política, cultural y militarmente. Los humillados y derrotados alemanes, sobre todo los de Prusia Oriental, tradicionalistas, religiosos y económicamente atrasados, tiranizados por oficiales franceses importados por Federico el Grande, reaccionaron, como la rama doblada de la teoría del poeta Schiller, enderezándose con violencia y negándose a aceptar su supuesta inferioridad. Descubrieron en sí mismos cualidades muy superiores a las de los que los atormentaban. Comparaban su propia vida espiritual profunda, su honda humildad, su búsqueda idealista de valores auténticos (simples, nobles, sublimes) con las características de los franceses, ricos, mundanos, victoriosos, superficiales, suaves, moralmente vacíos".

El antiguo nacionalismo alemán, reelaborado ya en nuestro siglo, acabó, y de qué forma, enderezando su rama. Se apropió de la maquinaria del Estado, liquidó a la disidencia en sus propias filas y acabó aplastando a sus antiguos riva-

les. ETA ha combatido a un Estado, pero, de triunfar, habría constituido el suyo propio, eliminando no sólo toda execrecencia española, sino también a sus propios "compañeros de viaje".

He hablado antes un poco de religión. Religión y Estado, en su fusión, pueden constituir un elemento explosivo. Si además descansan sobre un "etnos" primitivo, poco contaminado por la noción de progreso, sus efectos pueden ser letales, sobre todo en situaciones de irredentismo nacionalista o simplemente exclusivista en su relación con la organización a que pertenecen, sea ésta de naturaleza estatal o incluso de carácter preestatal. Quizás, para comprender el mito de la violencia, nos pueda resultar útil la lengua. Profundicemos, por ejemplo, en la palabra "asesino". Su etimología procede del árabe "hashasin", es decir, los bebedores de "hasis", narcótico que, como se sabe, se obtiene de las hojas y sumideros del cáñamo. Los "asesinos" formaban parte de una secta islámica medieval que, en el Oriente Próximo, hacían voto de matar a quienes su jefe les ordenase. A cambio del paraíso que les era prometido, sembraban el terror en las ortodoxas y jerarquizadas poblaciones "sunníes".

Otro ejemplo, éste más próximo a nuestra cultura y más significativo por producirse en un tiempo, el siglo XV, de formación del Estado moderno, con todos los exclusivismos que comporta. Margherita Morreale, pionera en los estudios del "ladino" o idioma de los judíos serfardíes, publicó en 1961 un libro titulado "El glosario de Rabí Mosé Arragel en la Biblia de Alba". Se trata de una traducción bíblica del hebreo, concluida en Maqueda el 14 de abril de 1422 por un rabino de Guadalajara. Estas traducciones directas del hebreo bíblico, que posteriormente fueron la base de la Biblia de Ferrara (siglo XVI) y de la de Amsterdam (siglo XVII), se habían iniciado ya en tiempos de Alfonso X, el Rey Sabio, para componer la primera parte de su "Grande e General Estoria", primera historia universal en castellano. Como la versión latina o "Vulgata" de la Biblia, realizada por San Jerónimo, no era apta para eruditos, a los que iba destinada la obra histórica del Rey Sabio, éste encargó a un grupo de traductores judíos la versión al castellano de los textos bíblicos originales. Nació así, como ha demostrado Manuel Alvar, el "ladino" judeoespañol, como lengua sacralizada desgajada del castellano, ya que éste era incapaz de expresar con rigor en aquellos tiempos la sintaxis y el vocabulario de un idioma tan ajeno a su estructura como el hebreo.

En 1422 ya eran un aciago recuerdo los primeros "pogroms" realizados contra las juderías de los reinos peninsulares, con la única excepción de Portugal, como consecuencia de las epidemias de peste negra y crisis agrarias que se sucedieron a lo largo de todo el siglo XIV. Las matanzas de judíos, integrantes de un cuerpo extraño dentro de la Cristiandad y supuestos responsables de las pestes y las lluvias torrenciales que anegaban las cosechas, fueron promovidas por eclesiásticos, como el tristemente célebre arcediano de Écija, Ferrán Martínez, protagonista de los famosos sucesos de 1391. A la universalidad altomedieval había sucedido el protagonismo de la comunidad propia, sus valores frente a las demás y, en casos extremos, la liquidación del adversario, máxime cuando éste

era identificado con los judíos. Pues bien, cuando Mosé Arragel traduce al castellano la voz hebrea correspondiente a "temor", utiliza, con un sentido semántico imposible de superar, el término "temorrible".

Las víctimas, en su patetismo, retuercen el lenguaje para expresar el horror de una violencia que no entienden. Apenas intuyen que la violencia es, en este caso, la manifestación extrema, el aglutinante de la nación (en este caso la Castilla cristiana), contra el "otro", "el no-nosotros", el judío que nos destruye con sus engaños y maleficios. Las víctimas de ETA, en su precariedad, me recuerdan a aquellos judíos desconcertados, "culpables" de un mal que no han causado. Simplemente por estar "allí" deben responder, como chivos expiatorios, del mal ocasionado a la nación. Y, como los judíos, las víctimas de ETA y de su "entorno" -¿hasta donde llega?- pagan con su vida de forma indiscriminada: primero caen los represores franquistas, luego las víctimas visten uniforme, para acabar siéndolo cualquiera.

Las víctimas no tienen ni siquiera unos derechos mínimos, porque ni ellas, ni sus asesinos, son seres humanos, una categoría esta última desconocida por todos los nacionalismos.

Ya lo había anunciado de forma precoz Joseph de Maistre en 1796, oponiéndose al constitucionalismo de la Asamblea francesa: "La constitución de 1795, exactamente igual que sus predecesoras, se hizo para el hombre, pero no he visto tal cosa en el mundo. He visto a lo largo de mi vida franceses, italianos, rusos, etcétera; sé también, gracias a Montesquieu, que uno puede ser persa. Pero en cuanto al hombre, declaro que no le he conocido en toda mi vida. Si existe, es para mí un desconocido". La conclusión es evidente: los pueblos deben ser regidos, no por normas genéricamente "humanas", sino por leyes creadas por y para dichos pueblos. El nacionalismo, en este caso el abertzalismo radical, se convierte así en la otra cara del fascismo falangista. Recuerda en exceso a la máxima joseantoniana de "no hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar". El trágico pasado retorna en su pluma: "venimos con la violencia necesaria, humanitaria, cruda y caballeresca que toda operación quirúrgica supone...con la voluntad exasperada de crear un Estado viril, armonioso, totalitario, digno de los hombres de España".

Puede que alguien piense que el "modelo" presentado en estas páginas resulta un sistema teórico, no verificable, un "desideratum" que no encaja en la situación real del País Vasco. En tal caso, le aconsejo la lectura de un libro reciente, "H.B. Crónica de un delirio", del antiguo miembro de ETA Kepa Aulestia, que a su calidad cabe añadir lo que tiene de confesión propia, de semblanza de una generación que está presente en el "hoy" vasco. Merece la pena detenerse un poco: "aquella guerra indeseada -la guerra civil- rehízo la propia historia -la de los vascos- la historia de cada familia, la que se transmitió en silencio. Gentes más bien apacibles y conformistas fueron motivo para recrear un pasado irredento, de héroes sacrificados a la espera de la resurrección de quienes decidieron ser sus émulos vengadores". "En la historia de los vascos no existe tal me-

morial de agravios destacado a partir de hechos reales, ni alzamiento alguno frente a una opresión exterior. Sólo mitos inventados a finales del siglo pasado y principios de éste, y recreados por el nacionalismo sabiniano para redactar una historia que jamás fue verdad”.

Aulestia habla así del nacimiento de ETA en los años sesenta y de su consolidación posterior: “Muy pocas personas decidieron tomar las armas. Ninguna de aquellas personas las empuña en la actualidad. Pero vinieron otros, y más tarde otros muchos que, sin mirar demasiado atrás, se dejaron impulsar por la onda generada en aquella explosión inicial hasta nuestros días”. Las siglas de ETA, que al principio no decían casi nada, “...poco a poco se fueron erigiendo en una referencia mítica que ha ido agrandándose hasta el delirio”. El uso de las armas era sinónimo de una voluntad resuelta, y “llegó un momento en que lo que pretendía ser un instrumento al servicio de objetivos supuestamente políticos se fue adueñando de la voluntad de quienes lo empleaban, desplazando dichos objetivos hacia una posición subordinada, y convirtiendo el uso de la violencia en el elemento nuclear de la existencia de ETA”. “La espiral acción -represión-acción no constituyó una teoría, sino que fue un descubrimiento. La acción resultaba tan minoritaria que la represión se volvía inmediatamente indiscriminada: ampliaba el eco de la acción, redoblabla su importancia, y generaba una corriente de simpatía que -a través de un sentimiento antirrepresivo -lograba reconfortar a la minoría activista”.

Tras las elecciones de 1977, ETA ha multiplicado por cien los asesinatos que cometió durante la dictadura de Franco. Ha realizado, con gran éxito, su propia transición desde un régimen autoritario a otro democrático. Aulestia, al referirse al nacimiento de ETA, habla, de forma imprecisa y como si fuera fruto del azar, de una “casualidad fatal”. He intentado resumir la etiología de esta “enfermedad” repentina. No sé si he acertado, pero, como dice Aulestia, y esperamos que le desmientan los hechos por venir, el conflicto ha llegado a sustituir a la propia identidad vasca, a la patria. “El radical se realiza en el conflicto, la existencia del conflicto se convierte en la prueba definitiva de la propia existencia de Euskal Herria, mantener el clima de conflicto, recrearlo, constituye la garantía para su pervivencia”. El conflicto se convierte, de esta forma, en el motor de la reciente historia vasca. ¿También será el motor de su futuro?

FÉLIX BORNSTEIN